

vid que dilate sus ramas en todos los muros de tu casa; que tus hijos, como los verdes renuevos del olivo, llenen y alegren la mesa de tu hogar.

Quiero para ti, oh esposa, la dulzura de Raquel, la prudencia de Rebeca, la fidelidad de Sara, el suave yugo del amor y de la paz, que imprima en todas tus acciones la gravedad del pudor y la discreción de la sabiduría.

Quiero para ambos que sea perpetuo el vínculo de vuestro amor; que veáis juntos á los hijos de vuestros hijos; que una corona de amigos circunde siempre vuestra mesa; y que un ángel del Señor, como en otro tiempo á Sara y á Tobías, guíe vuestros pasos, consuele vuestras penas y no se aparte de vuestro lado hasta que ilumine vuestras frentes con una gloria inmortal.



### XLIII

## San Alfonso María de Ligorio

Panegírico pronunciado en la Iglesia de los PP. Redentoristas de la ciudad de Lima, el Domingo, 7 de Agosto de 1887, en que se celebró el primer centenario de su preciosa muerte.

*Iste erat lucerna ardens et lucens*

*Ev. S. Juan, cap. 5, v. 35.*

Excmo Señor (1)

Señores:

Cuando S. Francisco de Jerónimo, teniendo entre sus brazos al niño Alfonso de Ligorio, anunció á sus ilustres padres que llegaría á la más extrema ancianidad, que sería elevado á la dignidad episcopal y que haría grandes cosas por la gloria de Jesucristo, estuvo muy lejos, sin duda, de abarcar, en su mirada profética, el inmenso cuadro de una vida, que irradiaría sobre la Iglesia vivísimos esplendores de sabiduría celestial y de las más heroicas virtudes.

(1) El Excmo Monseñor Benjamín Cavichioni, Delegado Apostólico.

Agitada la Europa por el espíritu de rebelión que sopló sobre ella la Reforma y llevando en sus entrañas el germen emponzoñado, que debía producir más tarde la osada negación de los derechos de Dios y la sacrílega proclamación de la soberanía del hombre, son increíbles los innúmeros errores, que serpeaban por todas partes, los vicios que manchaban la sociedad, las discordias que dividían á las familias, las disensiones que turbaban los imperios; y, sobre todos estos males, los lúgubres vaticinios del Filosofismo incrédulo, que anunciaba la próxima ruína de la Iglesia católica, mortalmente herida por los rayos olímpicos de la nueva ciencia.

Tal era, señores, la fisonomía social y religiosa del siglo XVIII; y tal fué el turbado escenario, en que se alzó la grandiosa figura de S. Alfonso María de Liguorio, suscitado por la Providencia para combatir los errores de la Reforma y prevenir los males de la incredulidad; para consolar á la Religión, restaurando las ruinas acumuladas por la primera y preparándola á resistir los embates de la segunda, con una nueva y poderosa germinación de las virtudes apostólicas. Centinela armado de Israel, fué su pluma espada de fuego con que hirió y dispersó á los enemigos de Dios y conservó incólume el arca santa de las verdades reveladas y de la más pura Moral; ilustre capitán de una milicia sagrada, peleó las batallas del Señor, extendió el reinado del Evangelio y conquistó innumerables almas, que abrazaron gozosas el suave yugo de Jesucristo.

Bajo este doble aspecto, voy á presentarlo, señores, á vuestro corazón agradecido; y no me culpéis de que olvide y calle el angelical candor de su niñez; las palmas que ganó en los certámenes literarios y en las defensas del foro; su noble victoria contra los más queridos afectos de la carne y de la sangre, para consagrar-

se enteramente á Dios; la generosa renuncia de sus derechos de primogenitura; las gloriosas primicias de su sacerdocio; las horribles persecuciones que afrontó, con la tranquila serenidad del justo; los fecundos trabajos de su episcopado y las aficciones y amarguras que acibararon su alma y acrisolaron su virtud en los últimos años; no me culpéis, señores, porque no basta mi pobre ingenio para encomiar hechos tan grandes, ni caben en un ceñido discurso las alabanzas que corresponden á tan encumbrado merecimiento. ¿Qué puedo hacer, entonces, sino escojer, entre tantas maravillas, las más sorprendentes, y omitir, en el elogio de este hombre extraordinario, una multitud de hechos memorables, que bastarían para inmortalizarlo?

Por esto, señores, aplicando á nuestro héroe las palabras con que la Escritura designa á Juan Bautista, el Precursor de Jesucristo, os lo mostraré como luciente antorcha, encendida por la Providencia, en el firmamento de la gracia, para inflamar á las almas en el fuego de su celo é iluminarlas con la luz de su doctrina: *Ille erat lucerna ardens et lucens.*

¡Oh! gran Dios, que os complacéis en honrar á vuestros santos y en que juntemos sus alabanzas con las vuestras, elevad mis pensamientos y mis palabras á la altura del asunto que voy á tratar, á fin de que todos admiremos la liberalidad de vuestros dones en el héroe cristiano, que has enriquecido con ellos. *Ave María.*

#### INTRODUCCIÓN

Si la memoria de los santos es perpetua y siempre fresca y floreciente, lo es mucho más la de aquellos que han esculpido su glorioso nombre en monumentos inmortales, donde pueden leerlo y venerarlo las futuras generaciones. A esta especie pertenecen la Congregación de misioneros fundada por nuestro santo y sus admi-

rables escritos, frutos de su ardiente caridad y de su vasto saber, Cien años han pasado sobre su sepulcro; pero sus obras, que publican su gloria, son imperecederas, porque sus misioneros se han extendido por todo el orbe, llevando á todas partes el buen olor de Jesucristo, y porque sus libros contienen el maná celestial de la más pura y sólida doctrina.

Prestadme oído atento, señores, para contemplar conmigo virtudes y prodigios, que son la gloria y el consuelo de la Religión.

Es muy grato y honroso para mí ofrecer el homenaje de mi veneración á este santo Pontífice, admirado en todo el universo por la brillantez de su ingenio, por la firmeza de su caracter, por la profundidad de su saber; y querido entre todos los santos por la ternura de su caridad y por la suave y penetrante unción de sus palabras y de sus escritos. Tengo, además, la dicha de alabar á Alfonso, en el primer aniversario centenario de su glorioso tránsito, en el seno de su propia familia, y en presencia de un pueblo fervoroso, que ha cooperado entusiasta á la mayor pompa de esta solemnidad.

I

Feliz mil veces la ciudad de Nápoles, donde vió la luz primera el hermoso niño, que debía reparar tantos males y hacer florecer la Religión y todas las virtudes, que le sirven de glorioso cortejo. Los años de su infancia y de su adolescencia se deslizaron alegres y tranquilos, como las cristalinas aguas de un manso arroyo, en el hogar paterno, en la asiduidad y aprovechamiento de los estudios, en la frecuencia de la oración y de los sacramentos. Su tierna piedad, la pureza sin mancha de sus costumbres, la solidez y la penetración de su espíritu, el candor de su alma, su amor ardiente por la casa

del Señor y un celo prematuro por su gloria, revelaban los secretos designios de la Providencia sobre él y hacían entrever, bajo la toga del magistrado, al futuro Pastor de la Iglesia.

Elevado al sacerdocio, después de haber desdeñado los más ventajosos y honoríficos enlaces y de haber vencido, con la más encantadora humildad, la obstinada resistencia de su padre, fué consumado en ciencia y en virtud. Ardía, como un nuevo Moisés, en deseos de salvar á su pueblo y de volar al socorro de tantas almas abandonadas. Nápoles, su patria, que fué enbalsamada, con el suavísimo perfume de las virtudes, de su juventud y que se trasformó en un santuario, por el ardiente celo del nuevo sacerdote, no fué, sin embargo, el principal teatro de su apostolado. De los campos, de los desiertos, de las chozas, partían gritos lastimeros, que, como dardos penetrantes, herían su compasivo corazón: eran los gemidos de almas hambrientas, que pedían pan y no hallaban quién se los diera. Torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos, considerando el extravío de los pecadores; *exitus aquarum deduxerunt oculi mei quia non custodierunt legem tuam*; un desmayo mortal, semejante al divino desmayo de Jesucristo. invadió su noble alma, viendo el abandono culpable que hacen los hombres de las aguas vivificadoras de la gracia, para encenagarse en la corrupción de sus pasiones: *defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam*. Entonces, con luz superior y divino impulso, y guiado por el consejo de almas santas y de su director espiritual, resolvió generosamente abandonar el aire de su patria y las dulzuras de su casa, para seguir el ejemplo del divino Redentor, predicando el Evangelio en los pueblos y en las campiñas á los pobres más necesitados y abandonados. Sin dilación alguna, vuela, al punto, en alas de su caridad; y, asociándose algunos celosos sacerdotes, recorre las al-

deas y los campos, exhortando á los pecadores á aplacar la justicia divina, á entrar en el fondo de sus conciencias, á reparar los años de sus extravíos, en la amargura de su alma, á descubrir sus llagas más secretas al médico que debe curarlas. ¡Oh eficacia de la palabra de los santos! Donde resuena su voz, los corazones se quebrantan, llenan el aire los gemidos y los suspiros, corren en abundancia las lágrimas de la penitencia y pueblos enteros vienen á arrojarse á sus pies, hiriéndose el pecho y confesando sus iniquidades. No se oye por todas partes, sino la noticia de conversiones asombrosas, de enemistades extinguidas y de injusticias reparadas. Parece que el Príncipe de este mundo es arrojado de su imperio: *Princeps hujus mundi ejicitus foras*; porque, en vez de la maledicencia y la blasfemias, no se escuchan sino piadosos cánticos y palabras de bendición. Todas las edades, todas las condiciones, todos los sexos participaron del beneficio de estas predicaciones portentosas, que Alfonso y sus compañeros, insaciables en el trabajo, multiplicaban siempre, sin cansarse jamás.

Tales fueron, señores, el origen y los primeros frutos de la Congregación del Santísimo Redentor, que Alfonso sembró, como el grano de mostaza de Evangelio, en la pequeña ciudad de Scala; que creció y se dilató en breve por todo el reino de Nápoles y los Estados Pontificios; que recibió la bendición y los aplausos de Benedicto XIV; y que es hoy árbol gigantescó, que ha extendido sus ramas, en todas las comarcas de la tierra, convidando sombra y descanso á innumerables pecadores del inmenso rebaño de Jesucristo.

Contempla á tus hijos, ¡oh! venerado Pontífice, desde el trono de luz y de gloria, en que estás asentado; míralos dispersos, de un confín al otro del Universo: son los jornaleros del padre de familias, que rompen con el arado de la predicación la tierra endurecida del

corazón humano, para que reciba las aguas de la gracia y dé copiosos frutos con que enriquecer los graneros de Jesucristo. Muchos de ellos, rendidos por las fatigas del apostolado, han volado ya á compartir contigo las dichas eternas; y el más ilustre de todos, el continuador de tu grandiosa empresa, va á recibir en breve el honor de los altares.

Que una Filosofía incrédula venga á decirnos, ahora, que las congregaciones religiosas son inútiles á la sociedad. Tú sabes y sientes ¡oh pueblo cristiano! que esa es una inícuca mentira. Tú sabes y sientes que eres feliz, cuando Dios, en su misericordia, se digna darte buenos sacerdotes. Porque ellos son, señores, los regeneradores de la moral pública, los modelos de todas las virtudes, los instrumentos de todo bien y como el fermento saludable, que santifica toda la masa social. Y ¿quiénes otros sino los embajadores del cielo podrían pacificar la tierra, curar los corazones ulcerados, extinguir los odios, devolver la conciencia al impío, la probidad al hombre injusto y hacer entrar en su cauce el torrente desbordado de las pasiones humanas? La Historia lo dice, señores: en la hora suprema de la agonía de las sociedades, somos nosotros, es la Iglesia, con sus manos virginales, la que viene á curar las sangrientas heridas de las naciones extraviadas. Por eso, cuando el Señor irritado quiere ejercer, al fin, contra una generación corrompida, sus grandes venganzas le quita los buenos sacerdotes ó le dá sacerdotes que se le parezcan: *sicut populus sic sacerdos* que sean los cómplices ó los mudos testigos de sus crímenes. Entonces, señores, no hay remedio para los pueblos. ¡Oh! Dios del Perú! libra á mi Patria de esta inmensa desgracia.

Comprendiéndolo así nuestro santo, no cesó nunca, á instancias del Cardenal arzobispo y de los demás Prelados del reino de Nápoles, de dar conferencias y ejercicios al clero. En esas reuniones santas, se bebía el

celo ardiente por la casa de Dios, el amor á la sana doctrina, la adhesión á las reglas y máximas de la Iglesia, la consagración sin límites á los trabajos y á las fatigas del apostolado. Allí se depuró la elocuencia de la cátedra, dejando los frívolos ornamentos por los discursos sólidos, y venciendo la simplicidad evangélica al arte de los retóricos; allí tomó la predicación una forma augusta y un carácter grave, tocante y persuasivo. Alfonso fué, de esta manera, como el Padre de una nueva generación de sacerdotes, que fueron á encender, por todas partes, el fuego que Jesucristo vino á prender sobre la tierra. Salieron de su escuela una multitud de oradores sagrados, de directores de conciencia, de pastores de almas, de sabios y de obispos, que todo lo renovaron, devolviendo á la Iglesia el esplendor de sus mejores días. *Ille erat lucerna ardens.*

Después de haber admirado su celo, vamos á ocuparnos brevemente de su incomparable sabiduría.

## II

Los ministros del Evangelio no son únicamente la sal, que debe preservar á los hombres de la corrupción del pecado; *vos estis sal terrae*; son, además, dice el Salvador, la luz del mundo: *vos estis lux mundi*, que debe ser vista por todos y alumbrar á todos, como si fuera una ciudad edificada sobre la cumbre de una montaña y una antorcha, no escondida, sino puesta en alto, para iluminarlo todo. Alfonso cumplió, en sumo grado, esta nobilísima misión. Sabía que los lábios del sacerdote deben ser los depositarios de la ciencia, para derramarla, en seguida, sobre el pueblo. Por esto, no cesó nunca de leer y de escribir. Sería prolijo enumerar sus escritos, y muy difícil hacer de ellos la apreciación con-

veniente. Pero, no es posible olvidar su teología moral, el grandioso monumento de su sabiduría, que inmortalizará su nombre hasta las más remotas edades. Dos contrapuestas escuelas se disputaban la dirección y gobierno de la conciencia humana: el rigorismo, que estrechaba los caminos de la salud, agravaba el yugo del Señor y arrancaba la esperanza del corazón de los pecadores; y el laxismo, que lisonjeaba las pasiones, aflojaba el justo freno de la naturaleza corrompida y ofendía, con una vana confianza, á la misericordia de Dios. La verdad, como la virtud, se encontraba, en el justo medio. Sobre este axioma fundamental, edificó Alfonso su grandioso sistema del Probabilismo, que, sin relajar nada de la justa severidad del Evangelio, confirmó, en la práctica, la verdad de esta sentencia de Jesús: *Mi yugo es suave y mi carga ligera.* El Jansenismo, esa lepra del Santuario, que ocultaba su deformidad, bajo las apariencias de una austeridad exterior, fué herido de muerte y huyó avergonzado de las escuelas, de los púlpitos y, sobre todo, del tribunal de la Penitencia, convertido por aquella secta en suplicio de las almas, contra la voluntad del Redentor, que lo instituyó, para que fuera el asilo siempre abierto del consuelo y del perdón. Así fué restituída á la ley moral la augusta majestad de su Autor: cuando ella impera claramente, todos deben obedecer, sin que sea lícito á nadie ni exagerar, ni disminuir sus preceptos; pero, cuando ella calla, ó es dudosa, no se puede imitar á los fariseos, á quienes reprendió Jesucristo, porque imponían á la debilidad del hombre un peso abrumador. Sólo Dios sabe, señores, cuantas almas ha salvado S. Alfonso, con su sistema de moral, extraído, con pacientísimo estudio, de las cristalinas fuentes de la tradición católica. No es, por tanto, de extrañar que la autorizada voz de los Pontífices y de los sabios de su tiempo ahogase, con sus aplausos, la destemplada gritería de

unos pocos impugnadores, que no cosecharon otro fruto que poner de relieve la prodigiosa humildad de nuestro Santo. Fué tan rápida la popularidad de su obra que Alfonso vió diez ediciones de ella, durante su vida. Escribió otros muchísimos libros, para defender y confirmar las verdades de la Fe, para la instrucción y reforma del clero, para vindicar los derechos de la Santa Sede y para exitar y cultivar la piedad de los fieles. Así derramó Alfonso sobre el mundo el rocío de la sabiduría, *tanquam imbres*; dejando una memoria eterna y un nombre bendito: *Non recedet memoria*; y mereció la admiración de la posteridad y las alabanzas de la Iglesia.....*Sapientiam ejus*. Así ha sucedido, en efecto, señores. Después de haber sido encomiado por los Pontífices Pio VII y Gregorio XVI, que le decretó los honores de la Santidad, se levantó un clamor universal en el orbe católico, que pedía á la Santa Sede para nuestro Santo, el título y las prerrogativas de Doctor de la Iglesia. Ilustres miembros del Sagrado Colegio, casi todos los obispos del mundo, los superiores generales de las órdenes religiosas, insignes academias Universidades y Capítulos Catedrales y varones de eminente saber, de toda especie y condición, instaron, con súplicas reverentes, al Sumo Pontífice para que adornase, con esta preciosa piedra, la corona de S. Alfonso; y, por un designio Providencial, fué Pio IX, el Pontífice de la Inmaculada Concepción, quien declaró Doctor de la Iglesia universal á este siervo devotísimo de María, á este hijo predilecto suyo, á quien iluminó en la vida, con la luz de su semblante, y consoló en la muerte, con su suavísima aparición: *Ille erat lucerna lucens*.

En resumen, señores: son tan grandes y preciosos los beneficios dispensados por Alfonso á la sociedad y á la Religión que me parece oír un clamor universal, que lo saluda y lo bendice con las palabras que Lamech

dirigió á Noé: *iste consolabitur nos ab operibus et laboribus manuum nostrarum, terra cui maledixit Dominus*: Tú nos has consolado de todos los daños y males con que la Justicia de Dios castigó nuestras ofensas.

A la manera del Sol, señores, que, en su magestuoso girar por el espacio, difunde por todas partes la vida y la luz, así nuestro Santo vivificó con su celo é ilustró con su enseñanza á la generación que tuvo la dicha de poseerlo: y con la misma magestad que el Sol oculta su ardiente disco en el Poniente, tiñendo de púrpura y oro los horizontes que deja, para iluminar otros nuevos, así Alfonso, lleno de días y de merecimiento, ungido por el dolor é inmolado por la penitencia, se reclina sobre el lecho del sepulcro, dejando á la Iglesia militante la luminosa estela de sus ejemplos, para brillar con eternas claridades, en la Iglesia triunfante. *Fulgebunt justi sicut Sol in conspectu Dei*.

